

Petaquilla

por

Anastasio Alfaro

Con Prólogo

del Excmo. Señor

Conde de las Mayas

Imprenta y Librería

"Alsina"

San José de Costa Rica

1917



Carta-Prólogo

Al Sr. don Anastasio Alfaro,
Director del Museo Nacional.

República de Costa Rica,
San José.

Querido amigo:

«Más vale tarde que nunca» y lo malo es que no podrá Ud. remachar el concepto—cuando reciba estas letras—con aquel otro refrán español que reza; y «nunca es tarde si la dicha es buena».

El 16 de febrero del año que nos corre, como vela de esperma a todos aires, recibí en Madrid una muy amable y discreta carta de Ud. fechada el 12 del mes primero: en ella me favorece extraordinariamente pidiéndome un prólogo para



. C. 85

PETAQUILLA. No he dudado un momento en escribirle aunque resulte, por mi desgracia, tal que no le complazca.

Muchas dudas y temores me mortificaron antes de endedar la pluma: el mayor de todos, el más mortificante para mí, estriba en la seguridad de que los costarricenses, cuando vean mi nombre a la cabeza del tomito dirán lo que la señora, del cuento sobadísimo, al desconocido que le presentaba a otro: «¿Y a Ud. quién le presenta?» En cambio los escritores españoles, podrán con razón murmurar, cuando tropiecen con mi firma, «¿quién le mete a éste en camisa de once varas?»

Por otra parte, el prólogo le hace tanta falta a PETAQUILLA como un abrigo de pieles a los madrileños en estos días que se achicharran.

Tentado estoy de salir del paso copian-do lo que Ud. me dice en su carta; ¿qué más prólogo en efecto? Véase la muestra:

«Tenemos en Costa Rica un fruto sil-vestre llamado *petaquilla*, por su forma,

»que lleva estibadas las semillas blancas,
»sedosas y ligeras, de tal suerte que, al
»abrirse la envoltura, en los meses de es-
»tío, el viento se encarga de diseminarlas
»a larga distancia: muchas de ellas se
»pierden por ser vanas, como pasará con
»la mayor parte de mis articulillos, pero
»algunas llegan a convertirse en plantas,
»sino de valor industrial, al menos deco-
»rativo: ningún esfuerzo se pierde por
»entero en el concierto de la vida.»

«Lo grave del asunto es que después
»de medio siglo, cuando ya soy abuelo,
»me haya entrado la vanidad de que PE-
»TAQUILLA se lance por esos mundos de
»Dios desnuda.....»

¡Y recurre Ud., para vestirla, a este
media tijera!

O yo tengo telas de araña en estos can-
sados ojos, o lo de abuelo resulta coque-
tería porque se me antoja que el tiempo
no hizo mella en su persona. Tengo so-
bre la mesa el retrato publicado reciente-
mente en *El Comercial* y encuentro a Ud.

tal y como lo conocí hace, o hará, 25 años en noviembre.

Por lo que respecta a PETAQUILLA, en relación con las semillas vanas, *quite usted fierro*, mi buen amigo, porque dan ganas de despojarse de la pañosa, imitando a los estudiantes clásicos, y de tenderla en el suelo para que pase sobre ella la gentil mozuela.

El libro principia—Dios se lo premie y nosotros no hemos de olvidarlo—haciendo justicia a España y explicando la independencia de Costa Rica;

*como salen los pájaros del nido,
como cambia de bosques el Quetzal.*

Siempre creí y sostuve que el verdadero entendimiento, de igual suerte que el sol, alumbraba cuanto toca, dora el cieno mismo, trueca en diamantes pedazos de vidrio e ilumina espléndidamente desde las crestas de las montañas hasta el fondo de las cisternas. ¿Cómo extrañar, pues, que Ud., que tanto ha trabajado en el

laboratorio de la madre naturaleza, dejase de echar una o varias canas al aire, haciendo versos en los entreactos de sus funciones de herbolario, de explorador y clasificador de la rica fauna costarricense? Y es que resulta materialmente imposible tener capacidad para escribir la preciosa monografía que lleva por título *La mariposa de la pacaya*:

*y no saber escoger
los lirios y las resedas
dejando a un lado las sarzas,
los cardos y las adelfas
que las cenizas de abrojos
por el suelo siempre ruedan,
mientras al cielo se van
de las flores las esencias.*

Esencia del alma es la poesía y, buenos o malos, todos hicimos versos porque hemos acariciado alguna vez a la verdad, al bien y a la belleza o hemos sentido los halagos de esta trinidad del espíritu.

Los de Ud. rebosan siempre poesía: los hay muy inspirados y tan correctos como lo es el soneto *El deber satisfecho*, que bien podría, con el tiempo, servirle de epitafio.

Como modelo de descripción pueden elegirse, para una antología, de la *Carretera de Maratón*, las seis últimas estrofas que comienzan así:

*Clava en el mangle su acerado pico
el «Carpintero» cual si fuese un hacha,*

Todos los asuntos versificados por Ud. son grandes, nobles o tiernos. Tuvo sin duda muy presente que la misión del Arte no fué nunca inmortalizar la vulgaridad como intentó hacerlo, o lo hizo sin darse cuenta de ello, cierto escultor que presentó en Madrid, en una Exposición Nacional de Bellas Artes, la efigie del amolador de tamaño natural.

Como la originalidad, más que en el asunto, está en la manera de tratarlo, así en el desarrollo cuanto en la moraleja

logra Ud. que resulte nuevo el argumento de la fábula *Decepción*, aprovechado por varios otros escritores. *Los gorrioncitos* son tan ricos de sentimiento, tan fáciles por la forma, tan bellos, *tan asimilables* como lo será siempre

*Hermana Maruja
mañanita es fiesta*

y en toda la coleccioncita, en fin, de los versos de PETAQUILLA «sin nieblas disipables» se refleja nítida, el alma buena de un trabajador inspirado, «a Dios rogando y con el mazo dando.»

Para poner punto a la revista que pasé, al revuelo, sobre las poesías, de no figurar ya impresa en el tomo, copiaría íntegra, la *Despedida*, hermosa e inspirada en el fondo, como en la forma correcta. En esta composición se compenetran uno y otra del mismo modo que el metal en el troquel como la joya se acomoda en su estuche. El arte de Ud. en toda esta parte de PETAQUILLA sigue

..... *la marcha del esquife,
cuando impulsada por henchida vela,
pasa rozando al pie de un arrecife,
y deja confundidas con su estela
espumas del oleaje que rebota
sobre la peña por el agua rota.*

La prosa de Ud., cuya lectura acaricia al oído con suave murmullo, es tan limpia en su corriente, que pueden contarse las guijas del fondo: tiene el encanto indefinible, que no cansa jamás, del agua deslizándose sobre la tierra o brotando del manantial.

Las garzas blancas, verdadera y completa monografía—de la que he tomado papeleta para unirla a los materiales sobre *El traje en España*, que voy acopiando hace años—es obra que se avecina a la perfección por la enseñanza, la novedad con que resulta expuesta, la poesía descriptiva y el hondo espíritu moral y social que el asunto entraña. Forma el trabajo muy buen juego—aunque supe-

rándole para mi gusto—con el que dejo mentado antes, *La mariposa de la Pacaya*. *El zoterré*, *El Cacique* y *El Comematz*, van muy bien en la bandada, escoltando a las garzas y, como no hay paraíso sin serpiente, en el que alegran aquellas aves, cuadra *La Bocaracá*.

La historia de *El Abuelo* constituye digno y apropiado colofón de *PETAQUILLA*. Como Ud. dice muy bien, la vista fija en el pasado y en el presente,—sumergido en sangre y amarguras—las actuales realidades con su épica grandeza,*Son nubes de paso, nevadas que el calor deshace, desbordamientos que siempre llegan a su fin, y tanto la nube como la nieve y la inundación devuelven a la madre tierra el agua fecundante, a cuyo influjo reverdecen los campos, las plantas se cuajan de flores y sazonan los frutos.*

Termina Ud. su carta reconociéndome cierta autoridad como hablista; no sé, francamente, si está Ud. en lo cierto. Sí es la pura verdad que en Andalucía se

nace escribiendo y hablando en español con mucha analogía y sintaxis natural ya que tanto pecamos allí contra la prosodia y no poco también contra la ortografía. Yo aspiré siempre a ser castizo y a parecerme, aunque de lejos, en mis escritillos, a don JUAN VALERA, autoridad filológica para mí insuperable, tesoro de la lengua española; a RODRÍGUEZ MARÍN y a PICÓN, en la Península Ibérica, y a don ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, en Colombia, emporio de la lengua de Fray Luis de León. Escultores todos ellos son de nuestro hermoso idioma, en forma natural y fácil, no a modo de taracea compuesta de locuciones extraídas con pinzas de los clásicos o exhumadas en los bordillos del Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua.

El estilo de Ud. es correcto, sencillo, elegante y expurgado de americanismos de los que son inadmisibles al menos por ahora. Y es de notar que si alguna vez emplea Ud. tal cual neologismo como por

ejemplo «nidificación» procede con suma lógica, puesto que el verbo nidificar está ya admitido por la Academia y no parece existir motivo alguno para rechazar el substantivo como no se hizo con panificación, pongo por caso.

Y «no va más», como dicen los banqueros en la ruleta. PETAQUILLA resulta pitillera de plata esmaltada, llena de ricos y aromáticos habanos.

Mi más completa norabuena y que esta carta de soldado—no de cuota—sirva al libro, como lunar en cara bonita, para hacer que resalten las bellezas y los aciertos de que se compone. Amén.

En espíritu y en verdad, le envía un fuerte abrazo su antiguo amigo, servidor y librero,

El Conde de las Navas

Reinosa, Provincia de Santander (España)

Calle del Puente, 29, Martes, 7-VIII-1917.



Petaquilla



15 de setiembre de 1916

Con salvas y clarines hoy celebran
de la Patria la hermosa libertad,
que España concediera a nuestros padres
sin romper el cariño ni la paz.

Así salen los pájaros del nido,
así cambia de bosques el Quetzal,
con su manto de grana y de esmeralda
ajeno de rencores y carcaj.

¡Ah! Dios quiera que nunca nos hallemos
como belgas, sin patria y sin hogar,
con el roto estandarte entre las manos
emblema regio de sublime afán.

Y que la Francia altiva, redentora
de los hombres al tiempo de Marat,
perdure para que haya pueblos libres
que lleven sus doctrinas más allá.

El cráter muerto

Inundaron con lágrimas las nubes
la majestuosa sima que sepulta
al viejo cráter transformado ha siglos
en apacible y plácida laguna.

Los troncos secos que hasta el fondo ruedan
cuál huesos colosales se dibujan
sobre el manto de arenas azufradas
que forra la cisterna, ancha y profunda.

Y las rocas perdiendo su dureza,
en larga vida de constante lucha,
están cubiertas con el fértil limo
que al vasto espejo por doquier circula.

Los arbustos y helechos abrazando
otras plantas gentiles de la altura
dan abrigo y sustento a pajarillos
que con plegarias el ambiente enlutan.

Al declinar la tarde, triste avanza
la opaca sombra, despacito y mustia,
extendiendo sus alas perezosas
que el gris intenso sobre el verde esfuman.

Cuando el silencio de la noche llega,
la tristeza y neblina allí se juntan,
y cubren con su manto de rocío
el paisaje de nítida hermosura.

Al soplo de la brisa pasajera,
por momentos aléjase la bruma,
y tras ella resuenan los chillidos
que lanza por los aires la lechuza.

Una vez que las nieblas se disipan,
paso abriendo al cadáver de la luna,
se refleja la imagen de las almas
sobre las aguas, cristalinas, mudas.

for ever

Por las grandes tormentas desatadas
las aguas chocan con furor tremendo,
y las rocas altivas van rompiendo
al golpe de sus olas encrespadas.

Pero luego en las linfas azuladas
peñones de coral siguen creciendo,
nuevas rompientes a su afán poniendo
donde azotan las fuertes marejadas.

Del propio modo en el linaje humano
la libertad y dictadura bregan
hasta romper el trono del tirano.

Después, los mismos hombres se congregan
y, seducidos por orgullo insano,
al despotismo con las leyes llegan.

Sos gorrioncitos

Tenemos en casa
unos gorrioncitos,
que un chico travieso
cogió de su nido.
Los trajeron martes,
ayer fué domingo:
toda la semana
sin madre han vivido.
Se pasan gritando
tal vez tengan frío...
quizá se lamentan
del hogar perdido.

 Mi hermana afanosa
les procura abrigo
y los alimenta
a cada ratito.
Sin otro sustento
que néctar fingido,
se animan y crecen
ambos pajaritos.
Son largas sus alas,
bien formado el pico,
abierta la cola,
y el plumaje lindo.

Primer viaje a América

Nace de mil cuatrocientos
noventa y dos, bello día,
tres de agosto, media hora antes
de hacer el sol su salida.

Agradable es la mañana,
la mar espera tranquila,
las mozas del pueblo acuden,
los hombres van más de prisa,
el padre Juan Pérez llega
y bendice la flotilla.

Muchos abrazos y besos,
muchas lágrimas vertidas,
«buen viaje» se oye doquiera;
los marineros se alistan,
cada cual está en su puesto;
la aurora en el cielo brilla
y alumbra con arboles
los montes de Andalucía.

* * *

Se dan las voces de mando
que disponen la partida,
sueltan luego las amarras,
las anclas echan arriba;
todos a bordo se mueven,

en tierra muchos suspiran,
mientras el vasto horizonte
a los marinos convida.

Grandioso instante supremo,
que la historia glorifica,
porque de veinte naciones
la silueta ya divisa.

¿Es Colón el visionario?
¿Es la Reina que adivina?
¿Son los Pinzones tal vez?....
¿Quién la sugestión explica?

Pero el nuevo mundo existe
del océano en la otra orilla.

* * *

Airosa como una garza
sale la «Santa María»,
alta, muy alta la proa,
las grandes velas henchidas,
flotando al viento bizarro
estandarte de Castilla,
que con amor y respeto
besa de paso la brisa.

La nave se balancea
en señal de despedida,
con aires de capitana
y natural gallardía,
dejando estela brillante
que rumbo al ocaso indica.

La gente desde la playa
sus gorras en alto agita,
los chicos, dando palmadas,
levantan sus manecitas,
y las mujeres llorando
dicen: ¡Que Dios la bendiga!



Doña Marina

Ufano de su tropa a la cabeza
entra Cortez tras el clarín sonoro
en México, llevando por decoro
atados los caciques y nobleza.

A sus pies cae rendida una princesa
con brazaletes y presentes de oro,
ofreciéndole a más de aquel tesoro
propios encantos de sin par belleza.

El Capitán bizarro, en su embeleso,
vencido por la virgen cortesana,
la levanta, la estrecha y le da un beso.

Sella el amor la unión indo-española,
fundiendo así la vida americana
con la vida de España en una sola.

Mosaico

Es el arte la vida de las cosas,
es la cuna rosada del ensueño,
el beso de sutiles mariposas,
sonrisa de lo grande y lo pequeño;
la belleza que flota en el espacio
y finca en todo el orbe su palacio.

Luce el arte en la gota cristalina,
que tiembla estremecida sobre una hoja,
al contacto del ala matutina,
con destellos de límpida luz roja,
cual valioso rubí de regio broche
perdido en aventuras por la noche.

Si contemplas al sol en el Oriente,
bordando las colinas y celaje
con filigrana de oro refulgente,
verás el arte en medio del paisaje,
que ataviado con tintes de la aurora,
despierta la campiña y la colora.

Vibra el arte en el bosque solitario,
cuando salta el arroyo y se desliza
con las notas del mirlo y del canario,
entre pinos movidos por la brisa,
donde afina el zanate clarinero
su pico insigne de bruñido aceró.

Brota el arte en los pueblos primitivos
al calor de la industria y de la guerra,
con ornamentos de colores vivos,
en las vasijas de cocida tierra,
en las armas, viviendas y tatuajes,
en peinados y adorno de los trajes.

Sigue el arte la marcha del esquife,
cuando impulsado por henchida vela,
pasa rozando al pie de un arrecife,
y deja confundidas con su estela
espumas del oleaje que rebota
sobre la peña por el agua rota.

En solitaria gruta de caliza
se posa al fondo, reclinado el arte
sobre encajes que el agua cristaliza
como blancos tapices de un baluarte,
donde van el silencio y la tristeza
a ocultar su dolor en la maleza.

A los últimos rayos de la tarde
se tinte el cielo de amarillo y rojo,
haciendo los matices gran alarde
con las luces del arte hechas manojo,
y desde arriba la brillante hoguera
ilumina los montes y pradera.

Joya del arte es la gentil laguna,
con su fondo de nubes y de estrellas,
si refleja los rayos de la luna
y el coro de cien garzas, todas ellas
posadas en las ramas, cual si fuesen
copos de nieve que las auras mecen.

Duerme el arte en el nido de las aves,
que tejen con amor y gran cariño,
cual cesta de junquillo y plumas suaves,
o blanda cuna de opulento niño,
bajo cortina de hojas y de flores,
bañada con perfumes y colores.

Carrera de Maratón

Altiya la avenida del comercio
fija la senda de famosa hazafia,
concertada por hijos esforzados
en honor a los triunfos de la Patria,
que obtuvieron heroicos adalides
sobre las huestes de extranjeras armas.

Veintidós leguas de carrera indican,
y la hora de partir de acuerdo marcan:
todos puntuales a la cita acuden,
y dan los jueces la señal de marcha.

En medio de frenético entusiasmo,
siguiendo al sol en su carrera pasan,
cuatro apuestos mancebos del terruño
y un argentino corredor de fama.

De blanco traje los nativos visten,
de verde y rojo el de remotas playas;
la paz reflejan de los patrios lares,
y la vida pujante americana.

Apiñada la gente por doquiera
llena la calle, puertas y ventanas,

donde luce sus trajes y hermosura
el pensil seductor de nuestras damas.

A grandes saltos parte el argentino,
los otros cuatro corren en la cancha,
quedando cada cual en pos del otro,
como atados de un hilo a las espaldas:

Dejan así el bullicio de la gente
y cruzan por el centro la sabana,
hoy campo de los juegos deportivos
que helenas tradiciones nos legaran.

Tendida la vía férrea de Este a Oeste,
desde Ochomogo a la llanura baja,
por gradientes muy suaves y uniformes
a besar del Pacífico la falda,
que el Golfo de Nicoya con cariño
en dulces linfas de los cielos baña.

Toma el primero la acerada ruta,
al trasponer el barrio de las Pavas,
y van tras él los otros corredores,
contando a la serpiente las escamas,
de cuatro en cuatro los que tanto pueden
mover veloces las sutiles plantas.

La culebra de hierro se retuerce,
por la campiña en curvas dilatadas,
donde la diosa Ceres hoy cultiva
el divino café de flores blancas;
ora cruza los ríos sobre las peñas,
ora corta la roca acantilada,
y luego se desliza por el llano
a través de los prados y montañas.

«El Ronco» logra con tenaz empuje
trotrar de prisa y la cabeza alcanza;
todos le siguen con veloz esfuerzo
como las velas que el monzón arrastra.

Ya los cubre la noche con su manto,
empapado de brisas perfumadas,
y las estrellas con su luz intentan
romper las sombras que la senda abrazan,
cuando la luna, bella y fulgurante,
de las colinas a su carro salta
y sigue los esfuerzos de la lucha
en toda la extensión de la jornada,
partiendo nubes y lanzando rayos
a las tinieblas que con ellas andan.

Los que mucho corrieron van despacio,
y el último de todos más avanza,
en medio de las sombras, cual si fuese
el genio pertinaz de nuestra raza.

Ya después de seis horas en la lucha,
el argentino fatigado pára,
mientras quedan los cuatro compañeros
con valor disputándose la palma.

El esfuerzo sin par que el Ronco hiciera
con el cansancio y la fatiga paga,
y sin llegar a recorrer la pista
se tiende luego que el coraje falta.

El que menos corriera va delante,
sin el peso de impúdica arrogancia,
como llevan la vida los humildes
en el desfile de la turba humana.

Ya se alejan las sombras de la noche,
ya fulgura el clarear de la mañana,
ya el canto de las aves da principio,
ya se sienten las brisas de la playa,
y resuenan los tumbos de las olas
que en vivas y clamores se desatan,
cuando la blanca imagen del atleta
en el fondo del bosque se destaca,
y bañando sus ansias infinitas
en el aire del mar, siente abrasada
su frente por los mirtos de la gloria,
que allá en el horizonte así le llama:
ven y reclina en mi gentil regazo
tu esfuerzo sin igual y tu constancia,
y que las manos de la Diosa os ciñan
de egregios héroes la gloriosa banda.

Clava en el mangle su acerado pico
el «Carpintero» cual si fuese un hacha,
de acompasados golpes, y muy firmes,
y el agujero de su nido labra.

En fila los pelícanos se alejan
batiendo cual remeros con sus alas
el aire tibio del extenso golfo
poblado de gaviotas y de garzas.

Un grupo de delfines va saltando
y rompe a trechos el cristal del agua,
mientras el sol con las espumas riza
en bucles de oro su melena larga.

En tanto que el mancebo trota siempre
acortando con furia la distancia,
en medio de compacta muchedumbre
que a su encuentro ha salido y que le aclama.

Quince horas de correr no son bastante
para abatir la voluntad del alma,
ni músculos latinos bien templados
a fuego lento en la divina fragua.

Un kilómetro atrás le sigue Octavio;
ha perdido Polanco la esperanza,
mientras de Luis el éxito coronan
y el campeonato obtiene en la batalla.

La Catarata del Brasil

Corriente que te lanzas impetuosa
entre peñas de agrestes soledades,
retumbando en las duras oquedades
cada vez más altiva y más airosa.

¿Qué dejas en tu marcha prodigiosa
a través de los siglos? Las edades
invertidas en rudas tempestades
por demoler la roca portentosa.

Hoy, el esfuerzo del ingenio humano,
perforando los cerros que fustigas,
nuevo lecho te da con débil mano;

Y la sed del progreso así mitigas
con tus aguas de impulso soberano,
y luz y movimiento nos prodigas.

El deber satisfecho

Cargado con el peso de los frutos,
la faz inclina hacia la madre tierra
el Girasol, cuya corona encierra
de la vida los ópimos tributos.

Sumiso a los mandatos absolutos
de vida y muerte, en la constante guerra,
el descenso a la tumba ya no aterra
a sus órganos rígidos y enjutos.

Cuando era joven, vigoroso y fuerte,
miraba al Sol de frente, con anhelo,
en la bóveda azul del patrio cielo;

Cumplida su misión, al tallo inerte
cubrirá con su lino el fértil suelo,
dando vida a otras plantas con su muerte.

Decepción

Echada con huevos
de pato una clueca,
entre sí pensaba
muy grave y muy seria,
que al nacer sus pollos,
cual madre severa,
no había de dejarlos
mojarse las piernas,
porque el agua sucia
siempre los enferma;
que a su lado juntos,
sin salir afuera,
creciendo sanitos,
viviría contenta;
y después al campo
correrían con ella.
«Que otras aves torpes
su deber no sepan,
es cosa que aflige,
se decía la clueca».

* * *

A los pocos días,
con grande sorpresa,

de los cascarones
que prestó rompieran,
los polluelos salen
corriendo a la acequia:
en el agua sucia
meten la cabeza
y se van nadando,
sin pedir licencia.

La pobre gallina
ya corre, ya vuela,
pero los patitos
el agua no dejan.

Este mismo caso
los hombres presentan:
incautos censuran
las faltas ajenas,
y sus propios hechos
en patos se truecan.

In memoriam

Un rayo de luz divina
bajando de las estrellas,
pasó por las verdes alas
de una graciosa palmera,
y acariciando la rosa,
símbolo de la belleza,
llegó a besar con cariño,
la humildad de la violeta.

Vengo, me dijo, de lo alto,
de las regiones etéreas,
donde disfrutan los justos
que abandonaron la tierra;
donde descansan los buenos,
donde terminan las penas;
y donde moran las almas
que a la gloria van derechas.

Allá entre los escogidos,
tiene asiento vuestro poeta,
el de los acentos dulces,
el de la lira risueña;
de cuya pluma brotaban,
espontáneas y ligeras,

las estrofas seductoras,
las estrofas siempre tiernas.

Las cadencias de su lira,
suaves, airosas y frescas
resuenan por todas partes
vivas, alegres, esbeltas,
como la risa sonora
de constante primavera,
imitando los gorjeos
de pájaros en la selva.

Como mariposas libres
sus frases revolotean
por los verjeles floridos
y las calles de la aldea,
arrastrando las miradas
de las pupilas abiertas,
que con sonrisa en los labios
al pasar, sus alas besan.

Son sus cuadros de costumbres
paisajes en madreperla,
llenos del calor y vida
que da la naturaleza;
con sus casitas de campo,
los bueyes en la tranquera
y dando maíz a los pollos
en el corredor, la abuela.

Aquileo supo escoger
los lirios y las resedas,
dejando a un lado las zarzas,
los cardos y las adelfas,
que las cenizas de #brojos
por el suelo siempre ruedan,

mientras al cielo se van
de las flores las esencias.

Por su bien y vuestro mal
se dispuso que muriera,
pues sin romperse la roca
el diamante no se muestra;
llevad a sus tiernos hijos
este ramo de azucenas,
me dijo el rayo de luz
y se ocultó en las tinieblas.

Glenecho

Existe un lugar,
llamado Glenecho,
donde todos pueden
divertirse al viento.

Corren los tranvías
llevando ligeros,
al anochecer,
niñas y mancebos,
y de vez en cuando,
uno que otro viejo.

Hay un *carrusel*,
si mal no recuerdo;
dos tiros al blanco,
con monos y perros;
un negro que asoma
por un agujero,
y con bolas blancas
le tiran al negro.

Otros con argollas
lazan un muñeco;
pero casi siempre
ruedan por el suelo.

Jugando a las villas
se ganan un premio;

y si se fatigan
de tanto jaleo,
se van al estanque
y cogen los remos.

Hay también cantinas
que sirven refrescos,
brujas que traducen
arrugas y ensueños;
ruedas de Chicago,
tres resbaladeros,
un salón de baile,
vistas y paseos;
y montañas rusas
que son un portento,
con rótulos grandes,
que a los pasajeros
les dicen muy claro,
en inglés correcto:
«suelte la muchacha
y agarre el sombrero».



Romance histórico

De mil setecientos treinta,
Jueves Santo, en la mañana,
sale la gente de misa
con dirección a sus casas;
un panameño arrogante,
viendo las niñas que pasan,
en el atrio de la Iglesia
con amigos hace charla.

Deja a todos en suspenso
la presencia de una guapa
joven rubia, encantadora,
linda como la alborada,
vestida de azul celeste,
con guarniciones de plata;
las zapatillas de raso,
de brocado la casaca;
luce corales y perlas,
y sortijas de esmeralda;
sus modales distinguidos
pregonan la buena casta:
es la hermosa Catalina,
hija del Alcalde Ibarra.

Cortando al punto el silencio
el forastero, así exclama:
ésta no es mujer, señores,
¡es el lucero del alba!

*
*
*

Don José Antonio Oriamuno,
caballero de esta hazaña,
a Panamá se regresa,
dejando el amor en llamas:
los dardos tiene prendidos
en menos de una semana,
con tal fuerza en Catalina,
que nadie los arrancara.

Vive en la noble Cartago
un español de Navarra,
llamado Juan José Cuende,
tratante en trapos y lanas,
quien con atentas visitas
al viejo Alcalde agasaja:
por las noches, en su tienda
se entretienen con las cartas,
y no pasa mucho tiempo
cuando su amor le declara,
pretendiendo por el tronco
llegar después a la rama.

Consulta el padre con su hija
las pretensiones de alianza
manifestadas por Cuende,
ignorando lo que pasa;
la obediencia en ese tiempo,
en el hogar era usada:

¿Cómo decirle a su padre
que al señor de Cuende no ama?
¿Qué le dirá cuando sepa
que otras promesas la embargan?

Plazo pide la doncella,
y la respuesta se aplaza;
tiene ella su amor oculto,
y a otro su padre le manda
que dé la mano de esposa
dentro de pocas semanas.
¡Qué situación tan difícil;
qué triste suerte le aguarda,
si José Antonio no vuelve,
o retira su palabra!

Pronto la tregua termina
y la crisis se prepara:
tramitan las diligencias,
tan sólo la boda falta.

De hinojos frente a una imagen,
con llanto que parte el alma,
que la proteja le pide
la novia desesperada.

«¡Oh! dulce niño de Atocha,
¡Oh! Jesús, que angustias calmas,
¿No ves que mi prometido
en su viaje mucho tarda?
Hazle que regrese pronto,
¡ojalá fuera mañana!»

*
* *

Antes de ponerse el sol
al día siguiente, en la plaza,
el anhelado viajero
de su mula presto baja;
luego se entera de todo,
consulta con Valderrama:
el Gobernador le ofrece
su ayuda cortés y franca.

En Cartago la noticia,
por corrillos comentada,
vuela, y saben que en la Curia
información se levanta,
y que a la noche siguiente
debe terminar el drama;
corre el quince de setiembre,
fecha después venerada.

* * *

El Gobernador, el Cura
y ocho soldados con armas,
se van a donde el Alcalde,
que gente alista en su casa
y le ordenan que a la novia
presente luego en la sala:
con altivez Catalina,
acudiendo a la demanda,
sostiene que José Antonio
de su amor la llave guarda.

Cuende con ceño terrible
de aquella gente se aparta,
mientras el Cura bendice

la unión de Oriamuno y Cata,
que así, marido y mujer,
nadite en el mundo separa.

Asoma la media noche,
el triunfo los gallos cantan,
de haber el amor vencido
las conveniencias humanas.

*
* *
*

Confundido y contrariado
se encuentra el anciano Ibarra,
a Cuende toda la noche
la misma cosa le pasa;
¿cómo deshacer el nudo?
¿cómo revivir la calma?
Yo debo, murmura Cuende,
volver sin demora a España...

Yo debo, dice el Alcalde,
retirarme a Talamanca;
y las horas se deslizan
sin acercarse a sus camas.

En la torre del Convento
suena luego la campana:
a misa llegan los fieles
envueltos en sendas capas;
Cuende va por una puerta,
por la otra puerta entra Ibarra,
que la Justicia en el templo
ambos esperan hallarla;
después a la Sacristía

el señor Cura los llama,
y al triste Cuende propone
que se case con la hermana
de Catalina, que es buena,
más humilde y recatada.

«Le mejoraré la dote
con seiscientos pesos plata»
quiere agregar el Alcalde,
que el desenlace esperaba;
pero Cuende la propuesta
acepta en pocas palabras,
que ponen de manifiesto
honradez y buena pasta:
de ese modo las dos bodas
se celebran sin tardanza,
y español y panameño
como hermanos ya, se abrazan.

De José Antonio Oriamuno
queda descendencia larga,
gente de lo más notable
en las letras y las armas;
de Cuende hasta el apellido
se pierde... no queda nada.

Mi refugio

Cada vez que procuro hacer sonetos,
dificilmente encuentro consonantes:
me resultan los versos asonantes,
lo mismo al comenzar que en los tercetos.

Al final, me parecen ya discretos,
y en cuartillas los pongo muy campantes;
pero luego, los hallo discordantes,
largos, cortos, insípidos, escuetos.

La rima dejó con dolor profundo,
y en el regazo de mi dulce amiga
olvido el desaliento y la fatiga.

Es la Ciencia, que puede en un segundo
revelar al amante que investiga,
con estrofas orgánicas un mundo.

La Primavera

Rompe el viento veloz, frío y cortante,
del invierno la húmeda tristeza,
y el carro de la vida, con destreza,
empuja sin cesar hacia adelante.

El roble de las cumbres arrogante,
de placer agitando la cabeza,
las hojas secas lanza a la maleza
y en aire puro báiase el gigante.

Bandadas de avecillas por los prados,
alegres vuelan, despertando amores,
sobre los viejos nidos ya olvidados.

Y los insectos, rebuscando flores,
entre jarales por el sol dorados,
de luz reflejan vívidos colores.

La loca de la casa

Es joven, alegre,
viva, juguetona:
corre por la playa,
salta por las rocas,
y cogiendo hormigas
se pasa las horas.

En los aeroplanos,
a veces, se monta
y vuela con ellos
tras las mariposas,
sobre las praderas
cargadas de aromas.

De los elefantes
se sienta en la trompa
y viaja trotando
por tierras ignotas,
por bosques, colinas,
desiertos y lomas.

Para ella los polos
son una bicoca:

conoce sus hielos,
ha visto las focas,
y doró sus rizos
con luces de aurora.

A la media noche
se va hacia Nicoya
y descubre huacas
para ver las ollas;
las tapa de nuevo
y a casa retorna.

Juega con los niños
cuando el alba asoma,
los baña, los peina,
los viste si lloran,
les canta y los mima
al ver que sollozan.

Le gustan los libros:
con ellos, a solas,
descansa tranquila
en humilde alcoba
recogiendo datos
y tomando notas.

A los pergaminos
arranca las hojas,
y en ellas escribe
romances y prosa,
que me hace le copie
con puntos y comas.

Si acaso en la mesa
se para una mosca,
con telas de araña

le fabrica blondas,
y libre y alegre
la deja que corra.

Cuando las serpientes
lanzan su ponzoña,
con piedad las mira
por ser de Dios obra;
la luz fastidiara
si no hubiera sombra.

Los negros dolores,
las penas más hondas,
que abaten el alma
y la vida acortan,
sus gracias y hechizos
disipan y borran.

En parques, jardines,
de lirios y rosas,
fabrica guirnaldas,
hace mil coronas,
que al pie de la ciencia
ufana coloca.

Vive de ilusiones,
desdeña la pompa,
piensa que a la nada
conduce la gloria.
¿Sabéis donde duerme?
¡Entre las palomas!

El Paquiranfo

Es el paquiranfo
un pájaro chico,
de pluma modesta,
sin nada de brillo.

De longitud tiene
el animalito,
poco más o menos,
catorce centímetros.

Entre la familia
de los cotingidos
pasa, por callado,
desapercibido.

Taciturno siempre
vive muy tranquilo,
mientras no lo atrape
un gavilancillo.

Tiene la hembra un traje
verdoso, pajizo,
delgadas las patas
y achatado el pico.

Allá en los potreros
de lejanos sitios,

sobre los guayabos
construye su nido.

Junto a los panales
coloca sus hijos:
así los pichones
están protegidos,
pues nadie se atreve,
por miedo a los bichos,
a tocar el árbol
que les presta asilo.

Con fibras y pajas,
en forma de ovillo,
fabrica su albergue
muy abrigadito;
redondo y tapado
contra el viento frío,
por fuera parece
cabeza de niño.

Por un lado, al centro,
un agujerito
le sirve de entrada
al lecho mullido.
allí deposita
sus tres huevecitos,
de color moreno,
rosado, indeciso;
con manchas de un tinte
castaño, bonito,
que al extremo obtuso
forman un anillo;
miden por lo largo
sus veinte milímetros,
por el ancho tienen
la mitad más cinco.

Las dos estatuas

El ángel tutelar del cementerio,
al extinguirse la postrera luz,
siente girar su pedestal de rocas
y levantarse contra el cielo azul.

Los muertos, a la horrible sacudida,
pierden la paz y proverbial quietud,
mientras el ángel, resignado y triste,
da frente al Norte y mira al Irazú.

Ruedan casas, iglesias y palacios
hechos escombros, en tropel veloz,
bajo el sudario que la noche tiende
para ocultar las víctimas al Sol.

En tanto el bronce que Cartago guarda
como imagen de su ínclito varón,
sobrecogido, retrocede y gime
al escuchar los ecos del dolor.

Las olominas

Tienen en la escuela
una fuentecilla
de agua transparente
llena de olominas,
donde los zancudos
siempre depositan,
con grande confianza,
sus larvas nocivas;
porque ellos no saben
que en su fondo abriga
bravos pececitos
el agua tranquila.

Los zancudos llevan
la fiebre maligna,
y así se propaga
por diversos climas;
pero se interponen
las olominitas,
que cazan, destruyen,
sus larvas y ninfas,
las cuales devoran
alegres, de prisa
y ninguna sale
del agua con vida.

La madre Natura,
celosa y activa,
al mal que produce
da la medicina:
si tenemos fuentes,
para nuestra dicha,
pongamos en ellas
muchas olominas.

Victoria de Rivas

La hermosa ciudad de Rivas
con atenciones sin cuento,
un fraternal hospedaje
da en sus casas, donde el eco
de libertad se repite,
sin ambajes ni rodeos,
y en cuarteles los hogares
convierte para que en ellos
se instalen los defensores
de la América del Centro,
amenazada hace meses
por la invasión de otro pueblo,
que a Nicaragua domina
usurpando su gobierno.

Asalta el once de abril
el enemigo soberbio
a las tropas descuidadas,
con empuje tan tremendo,
que en la mitad de las calles
se traba combate recio,
y el éxito del asalto
presumen en su comienzo;
mas no conocen a Mora,
en la guerra tan excelso,

como tratable en la paz
y en el trajín del comercio,
tampoco al General Cañas,
militar de mucho vuelo,
ni, como ellos, a otros muchos
que a morir están dispuestos.

Marcha el General Quirós
tras una tapia sereno
a impartir órdenes sale,
que volando corre el tiempo:
«agáchese, General»
le dicen sus compañeros,
«un General no se agacha»
contesta arrogante el viejo,
y con la vida allí mismo
se apaga el orgullo regio,
porque soldados de Walker,
escogidos exprefeso,
ocupan como fortines
los campanarios del templo,
desde los cuales dominan
la ciudad y sus anexos,
y con salir a la calle
se pone la vida en riesgo.

Pasado ya medio día
llegan tropas de refuerzo,
al mando de Alfaro Ruiz,
que a los gringos pone cerco;
mas las huestes en desorden
entran al mesón corriendo,
y las espesas paredes
convierten en parapeto,
donde el combate reanudan
con descargas desde adentro:

por las puertas y ventanas
arrojan plomo a lo lejos,
transformando en fortaleza
aquel obligado encierro;
así al arribo de Alfaro
cambia la lucha de aspecto,
los sitiados quedan libres
y los sitiadores presos,
mas no rendidos que siempre
con tiros se oculta el miedo.

*
*
*

En el Estado Mayor
se ordena que pongan fuego
al mesón, para rendir
al enemigo perverso:
el batallón de Alajuela
queda con calle por medio,
y a cumplir es el llamado,
sin tardanza, el mandamiento;
todos están decididos,
mas no saben cómo hacerlo,
porque la mente se ofusca
en los instantes supremos;
entonce el tambor humilde
pone su caja en el suelo
y le dice el comandante:
«con permiso, voy resuelto
a cumplir la voluntad
de quemar el avispero;
si me prenden las avispas
y por desgracia no vuelvo,
la protección de mi madre
pido como único premio.»

Era Juan Santamaría
alto, delgado, moreno,
esforzado como altivo,
conversador y travieso,
conocido entre los suyos
con apodo de «el gallego»;
hacer un hachón de trapos,
empaparlos y darle fuego,
fué para él lo más sencillo
y a la calle salió presto,
que ya el silbar de las balas
le parecía lo de menos

De los frentes enemigos
cien descargas le llovieron
mientras las llamas lamían
como lenguas el alero,
y obedientes al asalto
del mesón subían al techo.

Acribillado de heridas
cayó por tierra el mancebo,
con la sonrisa en los labios
de haber cumplido su objeto;
y más pareciera un bronce
esculpido por el genio,
cuando al declinar la tarde
queda iluminado el cuerpo
al resplandor de las llamas,
que en torbellino siniestro
despojos del enemigo
levantan hasta los cielos.

Durante toda la noche
a nadie confortó el sueño,
que escasas eran las horas

para recoger los muertos,
para curar los heridos
y para alistar pertrechos.

*
* *

De los cuarteles contrarios
se apodera el desaliento:
los jefes se quedan mustios,
los clarines en suspenso,
las huestes disciplinadas
de Bailén son el recuerdo,
pues todos esperan la hora
de salir de aquel infierno,
donde la ambición no cabe,
y se funde el cautiverio
al calor del patriotismo
convertido ya en incendio.

La experiencia ha sido dura,
la lección no tiene precio;
la derrota reconoce
el audaz filibustero,
y antes de rayar el alba
huye del campo en silencio,
con la disciplina rota,
desconcertado y deshecho,
dejando por dondequiera
armas, heridos y muertos,
y perdida la esperanza
de dominar los labriegos,
que trocaran sus arados
por bayonetas de fuego.

Las gallinas de Cavita

Todas las mañanas,
la buena Cavita
les da el desayuno
a sus tres gallinas:
afrecho de trigo,
restos de comida,
maíz y bananos
son su golosina;
luego beben agua,
y se van tranquilas,
a buscar insectos
y comer yerbitas.

Antes de almorzar
en los nidos chillau,
y con algazara
llaman a la niña,
para que recoja
los huevos del día:
si todos hicieran
lo que esta chiquilla,
tortas y merengue
siempre comerían.

Lucha de razas

Con las plumas crispadas de coraje,
como loco en mi huerta salta y chilla
un zoterré, porque volara cerca
extraña cazadora peregrina.

¿Tienes celos quizá, por qué te enfadas?
le dije al pajarito, no la riñas.

—No ves, me contestó, cómo persigue
mis larvas y pulgones, y registra
con deleite el follaje en los arbustos
y a saltos por las ramas se desliza.

Jamás consentiré que de tal modo
esa extranjera en tus dominios viva,
como invasora de mi patrio suelo,
sin protestar de su actitud maldita.

—No te alarmes, por Dios, mi buen hermano
dijo la cazadora sin malicia:
tu representas, como el ave fénix,
el apego al terruño donde habitas;

¿no acatas que la tierra es más hermosa
que este valle cercado de colinas,
donde todos tenemos por natura
el derecho sagrado de la vida?

Quando dejamos la región del Norte
es porque el hambre y frío nos matarían,
mientras el clima tropical ofrece
el sustento y calor que son la dicha:

volveré en primavera a mis pinares
dejando esta enramada muy tranquila
y tus pichones no echarán de menos,
en Mayo, las orugas y las ninfas.

Sabrás entonces que el plumaje rubio
no encubre el merodeo ni la mentira
y que tan solo en fraternal concierto
se disfruta del Sol que nos cobija.

Con afanes sin límite demuestras
el cariño a tus lares y tus milpas,
donde causan mil daños, porque abundan,
los bichos perniciosos que escatimas.

¿Qué sería de los campos y cultivos
sin aves migratorias, que en cuadrillas
destruyen los insectos que devoran
y el control de las plantas armonizan?

Si me quedase aquí por muchos años
el poder de mis alas perdería
y el encanto de viajar, indescriptible,
por las costas, el monte y la campiña.

Todos los años por el mes de octubre
te sulfuras, sublevas y fatigas,
invocando la lucha de las razas,
orgullo vano en que el error se finca.

¿Ignoras que el amor es un emblema
vencedor del egoísmo y de sus iras,

a cuya luz las nieblas más oscuras
se alejan, esfuman y disipan?

Solo a los hombres porque son pugnaces
les ocurre luchar por la conquista
de palmos de terreno donde siembran
el odio y la miseria entre las ruinas.

¡Olvidan, insensatos, que el ambiente
el carácter de raza modifica
y que el clima templado es de sajones
y la sangre del trópico es latina!

Conclusión

de Estudios Normales

Al tranquilo fulgor de las estrellas
nacen humildes, primorosas flores,
igualmente variadas en colores,
tan dulces y fragantes como bellas.

Apacibles las horas van con ellas
creciendo y despertando en los albores
afectos de amistad, castos amores,
nimbos celestes de imborrables huellas.

Tales los años del Colegio crecen,
iguales que las horas de ternura,
llenos de encantos que jamás perecen.

Abrid el cáliz de sin par dulzura
niñas que vais a modelar mañana
obreros de cultura soberana.

Determinismo

Atados siempre a leyes inmutables
viajan por el espacio los planetas,
como las naves al timón sujetas,
como la vida y muerte, inseparables.

Presos están los mares insondables,
pegadas a su tallo las violetas,
por fuerzas ostensibles o secretas,
para el grande y el chico inexorables.

Ligados al deber marchan los buenos,
como encausado hacia la mar va el río;
así corren las nubes y los truenos.

Y los malos, del loco desvarío
esclavos también son, cual los venenos;
mas reina el bien, con amplitud, Dios mío.

Dispersión de las semillas

En el orden admirable de la Naturaleza la perfección del mecanismo cautiva de igual manera nuestra inteligencia cuando se contempla el movimiento majestuoso de los astros o la vida de los seres inferiores de la creación. Caprichos de la Naturaleza llamamos a todo aquello que no podemos explicar, y cada cosa tiene su objeto y su razón de ser: hace algún tiempo, caminando con mis niños por los alrededores de Alajuela hallamos un bejuco de *cucharilla* tendido sobre un árbol de poró, del cual colgaban muchas petaquillas; en el suelo había algunas secas, divididas por mitades, a manera de bateitas. Pocos juguetes de navidad les gustaron tanto como las mencionadas petaquillas: con las frutas enteras hicieron yuntas de bueyes, vacas de leche, baules y maletas de ropa; con las que

estaban secas, divididas ya, fabricaron buques de vela, bateas de lavar y otros utensilios domésticos; la ropita blanca, tan bien acomodada dentro de las petaquillas, les gustó en gran manera. Ese día hubo corrales cercados para los ganados, ventas de ropa y muchos otros entretenimientos infantiles; lo único que no se les ocurrió fué usar las petaquillas en vez de cepillos de cabeza, como lo hacen las doncellas indias en la península de Yucatán.

Pasado el primer impulso natural de los niños, examinamos el porqué de esa máquina complicada: compuesta de un nudo de suspensión, dos cubiertas laterales, ásperas y resistentes, en forma de bateas, un anillo delicado, como de alambre, que soporta un diafragma interior, sobre el cual están estibadas las semillas, a uno y otro lado, como mariposas con las alas abiertas, que esperan recobrar su libertad y un viento propicio para alejarse de la planta madre, e ir a formar un nuevo tallo en lugares apartados de aquel que les dió origen. Durante la época del verano las tapas se secan y contraen un poco, desprendiéndose por completo; queda suspendido del bejuco

el diafragma que soporta las semillas; estas permanecen al descubierto hasta tanto que se enjutan y un viento favorable las desprende, una en pos de otra, levántandolas por el aire, de manera que se alejan hasta perderse de vista, como si la Naturaleza les hubiese dicho: «creced y multiplicaos, henchid la Tierra». En una sola petaquilla contamos 140 semillas, y cada planta produce más de cien frutas; si todas hubiesen de germinar se tendría una propagación de 14.000 por cada planta madre; pero luego vienen las desyerbas de las milpas y cafetales, donde la mayoría de esa generación perece y solo aquellas que están protegidas por las cercas de piñuela llegan a su completo desarrollo. Las bateitas miden de 15 a 18 centímetros de longitud.

En los Estados Unidos, donde tanto se cuidan de «ensanchar los conocimientos y difundir las luces entre los hombres», han llevado desde México las petaquillas, que ellos llaman *Peine de las Ninfas*, para formar cuadros ilustrativos de la dispersión de las semillas por el viento. Si a los niños se les enseñan estas nociones científicas valiéndose para ello de libros, conversaciones o láminas,

por bueno que esto sea, fácilmente olvidarán lo que aprendieron en la escuela; pero de seguro recordarán siempre con placer aquella época en que jugaban y se entretenían viendo volar en alto la ropita blanca de las petaquillas, sin sospechar siquiera que estaban recibiendo una lección objetiva de biología de las plantas.



La Sierpe

Hay en la frontera de Nicaragua una garganta de tierra quebrada y montañosa que separa la costa del Pacífico de las aguas dulces del Gran Lago; allí la cordillera de los Andes se estrecha hasta llegar a su límite menor; a cinco kilómetros de las playas del océano la temperatura es sumamente agradable; parece sentirse en la atmósfera el beso misterioso que se dan las brisas de la mar dulce, con la mar del Sur, como decían nuestros antepasados. Pero no me propongo escribir sobre estas impresiones personales, ni hablar de los pájaros y mariposas de brillos metálicos que habitan aquellos bosques donde pasé cinco meses atraído por los encantos de la naturaleza, estimulado con el cariño de jefes excelentes, buenos amigos y leales servidores. Quiero tan solo matar el tiempo recordando lo

que sucedió cierto día a principios de noviembre de 1890. Habíamos recorrido una gran distancia desde nuestro campamento, cuando los peones sintieron sed intensa, probablemente provocada por el gran trabajo del día y, más que todo, por la presencia de una quebradita pedregosa y seca al parecer en absoluto. Tenía yo un ayudante, llamado Antonio, a quien todos llamábamos el secretario, por su costumbre de pisar con los talones, que apenas si le permitía llevar mi cartera de apuntes y en terreno plano la escopeta. Comisioné al pobre muchacho para que, siguiendo el cauce vacío de la quebrada, buscara la primera pocita y nos trajese agua; poco rato después regresó, dejando perdido el sombrero y su facilidad de hablar: ¡encontré una serpe!..., decía, y no podía dar otros detalles. José Carbonero, que se distinguía entre todos los trabajadores como hombre valiente y cazador aventajado, tomó la escopeta y el camino que acababa de recorrer mi secretario: poco se hizo esperar; no perdió el sombrero, pero daba a conocer en el semblante que renunciaba a su fama de matador de fieras: «don Alfarito», me decía, «le hice dos cruces a la bala, pero fran-

camente, creo que se torcerán los cañones de la *guápil* si uno se decide a disparar sobre aquel animal del otro mundo. Movido por la curiosidad, tomé yo mismo la escopeta e hice que José me acompañase hasta la mansión de aquel ser sobrenatural. La quebradita se presentaba cada vez más húmeda a medida que bajábamos, lo cual me dió a comprender que el agua no estaba distante. José, con la vista clavada en el hueco que formaban algunas piedras grandes, me decía a media voz, «allí está, patroncito». Monté el gatillo del cañón derecho, cuya descarga es segura a cincuenta metros de distancia y avancé poco a poco, contrariando las indicaciones de mi compañero, que no quería dar un paso más. Interesante era en efecto lo que pude contemplar de cerca: había una pequeña poza de agua sucia y en ella se había instalado, hecha una rodaja, una inmensa culebra de las que llaman *béquer*; lo raro del caso era que tenía cogida por la cabeza una ave acuática de gran tamaño, quedando afuera del hocico del reptil las alas abiertas y la mitad del cuerpo, cuyos movimientos de agonía daban a la serpiente la apariencia de un monstruo.

del infierno. Si no la hubiésemos matado y exhibido su piel en nuestro campamento, la existencia de la sierpe pasaría por hecho incuestionable, certificado ya por dos testigos oculares.

Contratiempos

«El tiempo está *un poco bastante pior* y, por lo consiguiente, los caminos muy *frangalosos* de barro». Esto nos contestó un campesino a quien le preguntamos por las condiciones en que se hallaba el camino de San Carlos, en noviembre de 1885. Efectivamente, al comenzar el descenso de la cordillera que limita las llanuras, encontramos atascado y muerto al medio del camino, un caballo cuya apariencia indicaba que no había muerto de viejo ni de flaco. Mal presagio, decía don Ramón Cabezas, que era compañero de viaje. Esto no es nada, agregó don Eusebio Rodríguez, quien parecía adivinar lo que había de sucedernos. Nuestras cabalgaduras daban muestras de ser incansables; pero los contratiempos no dependen siempre de los animales. Ya la noche anterior nos habíamos visto obli-

gados a dormir en una troja de maíz, por falta de camas, y aún me parece sentir la impresión de las mazorcas en la espalda y el hormigueo de los gorgojos que me anduvieron por todo el cuerpo.

Serían las cuatro de la tarde cuando llegamos a las llanuras, bajo un aguacero que cesaba por instantes para comenzar de nuevo con mayor fuerza. Puedo asegurar que no me dí cuenta del camino y que la exuberante vegetación de aquellas montañas, parecía eclipsada por la niebla y por la lluvia que nos mojó hasta donde es posible, y convirtió el camino en un lodazal sin intervalos. A menudo se desenraizaban árboles corpulentos y caían, produciendo un ruido seco, semejante al estampido del cañón. Antes de llegar a la finca que fijaba el término de nuestro viaje, nos alcanzó la noche y se puso tan oscura, que era imposible ver siquiera las orejas de nuestras bestias y menos aún los troncos que, a cada paso, se encontraban atravesados en la vereda: aquí hay una rama, decía el que iba adelante. El golpe avisa, contestaba el segundo. Aguárdenme, agregaba el último, porque mi caballo no quiere caminar. Así, entre mojados y molidos, llegamos por fin a las 7 p. m.

A la mañana siguiente debía hacerse el reconocimiento del lugar y al efecto, nos levantamos temprano, cada uno tomó una taza de café, un vaso de leche, su escopeta y la resolución de volver a almorzar al medio día, con lo cual los exploradores estuvimos listos y en marcha. Atravesamos el desmonte cercano a la habitación y seguimos por entre la montaña, haciendo marcas en los árboles hasta la orilla del río San Rafael. Admirable en todos sentidos me pareció aquel bosque de árboles altísimos, llenos de hojas verdes durante todo el año y de pájaros, mariposas y flores que confunden sus brillos metálicos. Atraídos por la curiosidad de conocer la otra orilla del río, pasamos por una vara tirada sobre las piedras y seguimos el curso de las aguas a distancia como de cincuenta metros de la margen derecha. La çacería nos obligó a separarnos un poco más, pero sin dejar de oír el murmullo del río. Cuando se pensó en regresar, cruzamos de nuevo el cauce, saltando sobre piedras, en la creencia de que lo hacíamos abajo de la vara atravezada que nos sirvió de puente: por desgracia nos hallábamos arriba y no lo notamos hasta que estuvi-

mos bien lejos del río y sin poder volver a sus orillas. La lluvia, la tormenta, el hambre y la sed nos acometieron, y aunque caminamos sin detenernos un momento, hasta las seis y media de la tarde no caímos en la cuenta de que nos habíamos alejado a muchos kilómetros del campamento. Aquí nos quedamos, dijo Rodríguez, que reconoció un tronco caído sobre un barranco. Las condiciones no podían ser peores: lluvia constante, falta de alimentos, cansancio, carencia de fuego, la pólvora mojada, las botas llenas de agua y por toda habitación la raíz de un árbol en medio de la selva; como única luz, teníamos unos troncos podridos, cuya fosforescencia nos indicaba la marcha del minuterio: a cada una de sus vueltas revivía en nosotros la esperanza de ver salir de nuevo el sol.

¡Encantos de la naturaleza llaman los poetas a todo lo que nos rodeaba! Yo he gozado recordando las peripecias de aquella excursión; pero también es cierto que los militares gozan con el recuerdo de un combate en que perdieron su brazo derecho.

¡Así es la imaginación humana!

A las cinco de la madrugada comen-

zaron a gritar los congos, las pavas y las loras, nosotros, aprovechando las claras del día, emprendimos la marcha de regreso, siguiendo una *picada* que don Eusebio conocía. ¡Qué sabrosa nos pareció el agua de una quebradita que hallamos a nuestro paso! Llegamos al campamento a eso de medio día; por lo que a mí respecta, puedo asegurar que jamás he comido, bebido, ni dormido con mejor gana, que el jueves 11 de noviembre de 1885.

De regreso al día siguiente, pernoctamos en el Zarcero, donde el aire se mantiene húmedo y frío en esta época del año. No sé francamente que fué peor, si la dormida en la montaña, ó sobre un cuero de res extendido en el suelo, excesivamente duro y pelotoso durante las primeras horas, mojado y hediondo después de media noche, porque debe tenerse en cuenta que, como atractivo final del paseo tuvimos un baño de goteras que convirtió la sala de nuestro dormitorio en un verdadero charco. Estas son, a grandes rasgos, las penalidades que pueden sufrirse en un viaje de tres días, cuando en lugar de tiendas é instrumentos se lleva la esperanza de hallar en todas partes acomodo.

El farolero

Hace muchos años, cuando había en Alajuela sólo faroles con lámparas de canfín en las esquinas de las calles, conocimos un viejecito llamado Toribio Jara, alto, delgado, moreno, vestido de camisa blanca, pantalón azul, ceñido con banda roja, descalzo y con sombrero de paja. Llevaba siempre una escalera pequeña, un galón de aceite, un embudo y un trapo de limpiar los tubos de las lámparas y los vidrios de los faroles.

En otro tiempo debió desempeñar las funciones de sereno, porque aun continuaba atendiendo el servicio del alumbrado público: encendía los faroles al oscurecer y los apagaba al salir el sol.

Tenía el espíritu de justicia connaturalizado con su persona, seguramente por herencia y por hábito, de tal modo, que siempre separaba a los muchachos que

reñían a la salida de la escuela, y en una pelotera estudiantil bastaba con decir «allí viene ñor Toribio» para que cada cual tomara el camino de su casa por la vía más corta. Sin embargo, todos los chiquillos de la vecindad lo querían y respetaban porque hacía trompos, boleros de carrucha, yugos y carretas para bueyes de holote, que les obsequiaba, amén de algunas frutas de su casita propia.

Una mañana a la hora del almuerzo, le contábamos a mi padre lo que hacía ñor Toribio, extrañados de que sin pertenecer al personal de la escuela, ejerciese las funciones de celador callejero.

—Así ha sido siempre, replicó mi padre; en mi tiempo hacía lo mismo que hoy: una vez, en una de esas peloteras, castigó al mayor de nuestros compañeros, vecino del Llano, porque le estaba pegando a otro más pequeño y porque después de separarlos trató de emprender la riña a pedradas con el mismo ñor Toribio.

—«Anda viejo seco, vos vas para abajo y yo voy para arriba; algún día me la pagarás!» dijo el llanero y se alejó llorando. Su padre lo supo y le dió las gracias a ñor Toribio, como era la costum-

bre en aquellos buenos tiempos; pero el muchacho jamás se la perdonó.

Pasaron algunos años y cuando el llanero fué ya hombre, durante las fiestas de la Concepción buscó a ñor Toribio en la plaza de la Agonía, para desquitarse del antiguo vapuleo.

—Mi padre calló un momento.

—¿Y qué resultó? preguntamos todos con interés.

—Que el viejecito, contestó mi padre, así como ustedes lo conocen, cogió un cabo del bejuco con que habían amarrado las barreras y lo volvió a castigar por vengativo.

Las rocas

Las rocas por su origen se dividen en dos grandes grupos: *rocas ígneas* y *rocas sedimentarias*. Las primeras se formaron con partículas fundidas en masas deformes, que constituyen en su principio la costra terrestre. Las segundas están integradas por fragmentos de las primeras sometidos a dos elementos seculares: las fuerzas físicas, que las trituran, las arrastran y las dispersan, y los agentes químicos que las transforman y consolidan de nuevo.

Expuestas las primeras al ambiente atmosférico, el sol, al agua y el aire, se agrietan y disgregan; luego las lluvias las separan de su núcleo primitivo, las trituran con el roce y las arrastran en fragmentos hasta el fondo de los mares, donde la presión del agua y la acción química de sus componentes, convierten

las antiguas rocas deformes en otras estratificadas en capas, como las hojas de un inmenso libro, aprisionando entre sus folios infinitos restos vegetales y animales, que nos dan la historia de la Tierra, escrita por la mano omnipotente de la Naturaleza.

En las hojas de ese libro colosal, que las fuerzas de levantamiento ponen a nuestro alcance, encontraremos formas de plantas y animales que desaparecieron, impresión de helechos y alas de libélula, en las arcillas consolidadas; espículas, que son fragmentos silicificados del esqueleto delicado de esponjas marinas; conchas fósiles, dientes de peces y un mundo nuevo de seres antiguos, en el cual podemos admirar la potencia creadora y conservadora de la Tierra.

Por otra parte, pudiera decirse que las rocas son la materia prima de la vida: sus partículas reducidas a polvo finísimo se dispersan por el viento, luego las recogen las lluvias y forman con ellas los terrenos de aluvión, donde crecen las plantas y con ellas se alimentan los animales, completándose así ese concierto magnífico que llamamos la vida del planeta. Por eso decían los antiguos: «los

minerales crecen, las plantas crecen y viven, y los animales crecen, viven y sienten», recogiendo en pocas palabras las tres faces evolutivas de todos los seres naturales que nos rodean.

Finalmente, si la Naturaleza se ha valido de la roca como materia prima para revelarnos su potencia creadora y conservadora, de igual manera la inteligencia humana se ha valido de las mismas rocas para manifestar su valer intelectual, en las sublimes creaciones del arte arquitectónico, del modelado y la estatuaria, desde el jarrón indio, los grandes monolitos y templos mexicanos, hasta los vasos etruscos, las divinas catedrales y la Venus de Milo.

El Pájaro Cautivo



Hay en el patio de la casa donde habito un yigüirro de montaña que no cesa de cantar: el sol que nace, la nube obscura que se pone, el agua que llueve, la noche que comienza; todos esos cambios de la naturaleza lo aflijen, y canta; pero canta triste, con notas tales que oprimen el alma y que si supiéramos interpretarlas nos harían saltar las lágrimas a los ojos. Jamás lo he visto acicalarse, ni siquiera limpiar sus plumas como lo hacen todas las aves en el campo; come por satisfacer las necesidades de la vida; la canción matutina que antes entonara en la montaña, parece que la repite por obligación impuesta. Ésta madrugada me pareció que estaba alegre, porque me despertó temprano, antes de salir el sol, me lenvaté a ver qué le pasaba y el yigüirro siguió cantando, con la vista fija

hacia el Noreste. Ves aquél cono de montaña azul—parecía decirme—con su cumbre cubierta por una blanca niebla, admíralo, y que él me sirva de testigo de la verdad de mis palabras. Al pie de aquél volcán tengo mi nido, el nido que construí con mil penalidades y fatigas, sobre un árbol muy alto para resguardar a mi familia de la persecución de los carnívoros que habitan las malezas. Allí tengo mi amor, una compañera tan pura y tan buena como la primera luz de la mañana. En el nido hay tres polluelos que son la esencia de mi ser; déjame verlos, tal vez hoy lloren la ausencia de su padre, que jamás hizo otra cosa que buscar el pan para sus hijos; bien sé que los árboles del bosque producen lo necesario a su sustento; mas si la madre enferma, quién cuidará de los pedazos de mi corazón? Ves con qué cariño otros pájaros se alejan y vuelven a sus nidos llevando todos larvas en el pico! Pues ellos cumplen con el deber impuesto por la Providencia divina, y si hombres crueles no hubiese en este mundo, yo estuviera hoy al lado de mis hijos. Malditas sean las trampas y las flechas que nos cautivan a traición! Mostradme el crimen que yo haya come-



tido y con mi propio pico mataré a mis hijos, para volverme tranquilo a las rejas de esta jaula.

Pobre pajarito: su cantar altivo bien merece ponerlo en libertad. Ya me parece verlo salir sobre una línea recta, sin cortar el vuelo hasta llegar a la rama de su nido, donde su compañera le abrirá las alas y los polluelos saltarán al suelo de contento: ahora mismo lo dejo que se escape. Mañana los arroyos de la selva lo verán saludar con placer al nuevo día, sus viejos amigos llegarán a verlo y extenderán por valles y colinas la noticia, cambiando su semblante de tristeza por otro alegre y bullicioso, con que irá pregonando por los montes que ya es ave feliz.

La invasión de langosta

El paso de las mangas voladoras de langosta por el istmo Centroamericano es un fenómeno tan natural como los temblores de tierra; pero ambos sorprenden a los pueblos cada vez que ocurren, por no estar sujetos a períodos fijos y determinados de antemano.

Nuestro ilustre Gobernador don Tomás de Acosta decía en 1804: «Si el tiempo es árido, la hormiga, el ratón y la ardilla devoran los campos; y si las aguas abundan, el gusano, la candelilla y la langosta destruyen las mieses». Sin embargo, esa regla que parece establecer para nuestra agricultura una fatalidad desastrosa, se presenta en períodos largos de un cuarto de siglo, especialmente el chapulín, que toma a Costa Rica tan sólo como lugar de tránsito. Bien es cierto que durante el período colonial, preocu-

pados los españoles con la conquista, pacificación de los indios y defensa contra las invasiones de los piratas, no consignaron siempre en sus informes las plagas agrícolas; pero quedan en sus escritos, aunque seguramente incompletas, las huellas de la langosta a su paso por Costa Rica.

En 1659 invadió la langosta el valle de Aserrí; en 1731 la langosta que venía de Nicaragua llegó al pueblo de Bagaces; en 1774 se cita otra nueva invasión. El 3 de noviembre de 1800 dice el Gobernador Acosta: que desde el mes de junio había aparecido la plaga en Alajuela, Heredia y Santa Ana. En 1852 el chapulín entró de nuevo en Centro América; aunque nuestra Gaceta Oficial dice, con fecha 4 de setiembre, que los ejemplares recogidos en Alajuela eran inofensivas «Agujas del Diablo», consta que en la República del Salvador tenía invadidos los departamentos de San Vicente, la Paz, San Salvador y Sonsonate. Más tarde, en junio de 1854, la simple alarma de dos años atrás se convirtió en realidad para Costa Rica, y el Gobierno se vió obligado a decretar medidas protectoras, especialmente para la provincia de Alajuela que fué la

más perjudicada con la invasión del chapulín. El 12 de julio de 1876 anuncia el Gobernador de Puntarenas que la plaga del chapulín había invadido varios lugares de aquella Comarca; y al año siguiente, el 20 de junio, el Gobierno pone en vigencia el Decreto de 1854 con ligeras modificaciones. Finalmente, en noviembre de 1914 las mangas voladoras entraron en la provincia de Guanacaste, y en 1915 la invasión se extendió por ambas costas, llegando en la meseta central hasta perjudicar los cantones occidentales de la provincia de San José. Pero nunca se ha estacionado entre nosotros por un tiempo largo, debido seguramente a las condiciones adversas del clima y a la estrechez del territorio, que le obligan a considerar nuestro suelo como estación ineludible de su ruta entre las dos Américas.

La peregrinación de la langosta en el Africa, es tan desastrosa, debido a sus viajes por el desierto, que al llegar a los campos de cultivo destruye completamente las sementeras y se come hasta la paja seca de los ranchos, dejando a los moradores a la intemperie. Con todo, los naturales consideran la langosta como

una bendición del cielo, porque ella es precursora de cosechas abundantes, y porque recogidos los insectos en grandes cantidades, los salan, secan y guardan para hacer con ellos manjares apetecidos.

Las langostas del viejo continente son parecidas en sus costumbres a las especies migratorias americanas; pero debido a la exuberancia de vegetación en el nuevo mundo, donde nuestras especies encuentran alimento abundante en todas partes, sus correrías son menos desastrosas, y algunas plantaciones como la del café y tabaco, que en el suelo africano serían devoradas, entre nosotros se han conservado intactas.

Según los informes oficiales la última invasión de langosta pasó de Honduras a Nicaragua, alcanzando la provincia de Guanacaste a fines de 1914. En 1915 la caravana migratoria emprendió de nuevo su viaje al Sur, invadiendo a Costa Rica en el mes de junio por ambas vertientes, hasta sus confines con Panamá.

Todos los esfuerzos hechos por el Gobierno, las autoridades subalternas y los particulares para combatir las mangas voladoras resultaron de poca eficacia.

En los lugares elevados, como el Zar-



cero, en que la langosta estuvo detenida por varios días, con motivo de su elevación sobre el nivel del mar, lluvias frecuentes, la niebla y baja temperatura, jamás llegó a aparearse; no así en terrenos inferiores a 500 metros de altitud, donde se detuvo por algunas semanas para el acoplamiento y depósito de huevos, que más tarde produjeron abundante cosecha de saltones.

A principio de junio pude observar, por primera vez en mi vida, las nubes de langosta que entraron por el Norte de la provincia de Alajuela. Pasado el lago de Granada, las mangas voladoras se dividieron en dos columnas, una siguió por la vertiente del Pacífico, a lo largo de la costa, por la falda de la cordillera; y la otra tomó las llanuras húmedas de la costa atlántica, sobre la zona bananera de la provincia de Limón, siguiendo al Sur por Talamanca a internarse en Bocas del Toro, de la República de Panamá. Pero una parte de esa columna invasora del Noroeste, siguió la cuenca del río San Carlos donde hay cultivos de pastos y obligada seguramente por los vientos se vió en la necesidad de traspasar la cordillera del Norte sobre la depresión del

Zarcero, a una altura de 1888 metros sobre el nivel del mar, haciendo un avance difícil que la obligó a detenerse por algunos días, para seguir después su marcha al Sur, por la región Suroeste de la meseta central.

Es un espectáculo digno de contemplarse: al calentar el sol, entre las 7 y las 8 de la mañana, los insectos que pasaron la noche apiñados en la copa de los árboles, en los arbustos y matorrales, comienzan a volar de una parte a otra para recibir los rayos del sol sobre sus alas, que el rocío de la noche les dejara húmedas y frías; luego se posan en lugares abiertos, sobre la yerba, en el suelo, donde quiera que el calor se haga sentir con mayor intensidad, toman su desayuno y emprenden el vuelo remontándose como las palomas mensajeras, para divisar mejor el rumbo que deben seguir, hacen un vuelo circular y después se dirigen en pos de las primeras avanzadas. A veces vuelan tan alto que sus alas extendidas horizontalmente parecen hojillas de papel transparente arrastradas por el viento. Sus élitros se mueven con suma rapidez, como paletas impulsoras, braceando siempre hacia adelante, con lo

cual cortan el aire a manera de excelentes nadadores. Así viajan por algunas horas, doce o más kilómetros, según el tiempo lo permita; cuando sopla un viento molesto siguen la cuenca de un río mientras las ráfagas azotan la llanura. Al nublarse el sol o caer la tarde aterrizan despacio en los plantíos, en la fronda del bosque, en los cercados, donde quiera que haya vegetación para pasar la noche, agrupándose de tal manera que las plantas parecen cubiertas con un baño de bronce; en la caña de azúcar las hojas se agobian con el peso, formando verdaderos racimos, sostenidos los chapulines unos en pos de otros, con la cabeza hacia arriba, para que el agua de lluvia discorra sobre el tejado de sus alas. A pesar de que la manga invasora por el Norte, en la provincia de Alajuela, era relativamente pequeña, podía calcularse la nube compacta en una superficie mayor de veinte kilómetros cuadrados.

Por más de treinta días tuve en cautiverio muchos ejemplares recogidos en el Naranjo de Alajuela, y nunca trataron de aparearse, mientras en la región baja y cálida sí llenaron el deber biológico de la reproducción. Durante la época del

celo se posan en terrenos de escasa vegetación, en los surcos de las sementeras o sobre la yerba de poca altura, siempre agrupados en grandes cantidades; parecen cuidarse poco de comer, y se dejan coger con la mano, sin intentar siquiera alzar el vuelo, sino a cortos trechos. Las hojas tiernas del maíz, el arroz, la caña de azúcar, frijoles y hortalizas son su pasto favorito; pero también comen las hojas del banano, cacao, jocote y yerbas de forraje cuando la necesidad los obliga. La gente de los campos procura alejarlos de los sembrados para defender las plantas de cultivo, pues los afanes por destruir las huestes voladoras resultan dispendiosos y poco efectivos.

No hay determinación exacta de la especie de langosta que en épocas anteriores ha entrado en nuestro territorio, y por un error que no podemos explicarnos, en algunos pueblos del Guanacaste y Puntarenas designan con este nombre al gusano medidor (*cut worm*) que se presenta como plaga en los repastos de ganado, y que es la oruga de una mariposa de color pardo oscuro. Con respecto a la invasión de que nos ocupamos se sabe que pertenece al género *Schistocerca*, y lo

raro del caso es que ejemplares sometidos al examen del especialista Mr. James A. G. Rehn resultaron pertenecer a la especie paranensis, no citada por la Biología Centrali-Americana. Entre los especímenes enviados del Guanacaste, había dos pertenecientes a la especie zapoteca, que sí figuraba ya en la fauna costarricense, lo que parece indicar que esa especie nacional se unió a la bandada invasora, como pasa con algunos de nuestros pájaros nativos, que se unen a las aves migratorias cuando llegan a este país.

La presente langosta tiene siete centímetros de largo en las hembras bien desarrolladas; los machos son más pequeños. En su coloración predomina el amarillo bronceado, con manchas morenas en los élitros; sin embargo, esa coloración toma un tinte castaño, especialmente en las hembras durante la época del celo; los machos son siempre de color más claro.

Verificada la fecundación de los huevos, la hembra abre con el abdomen un agujerito en terreno blando y hace allí su postura. Un ejemplar traído de Orotinga a mediados de julio, desalojó 60 huevos amarillos, en forma de bananos di-

minutos; más tarde el racimo de huevos toma un color moreno, y sepultados en el suelo permanecen por espacio de 20 días, hasta el nacimiento de los saltoncillos que salen de color pardo amarillento, pocas horas después se tornan morenos, y con el transcurso del tiempo van adquiriendo un tinte chocolate, con manchas y rayas rojizas y amarillas. El estado de ninfa dura ocho semanas, en las cuales sufre el saltón cuatro cambios de uniforme, hasta vestir el traje del insecto alado. Para verificar estos cambios, el saltón se suspende de la yerba, con las patas y desvistiéndose poco a poco deja colgante el viejo uniforme, completo en todos sus detalles, como renuevan las culebras su vestidura de escamas, adquiriendo cada vez un talle más esbelto y gracioso.

En el período ninfal, el saltón come con apetito creciente a medida que se desarrolla; debajo de la yerba se agrupa, buscando protección contra el viento, la lluvia o el calor meridiano. Mientras tiene sustento en abundancia no emigra del paraje donde nació; y cuando se ve obligado a hacerlo, camina saltando tan despacio que apenas logra avanzar un kiló-

metro durante dos semanas. Por la noche permanece quieto, como los insectos adultos, diferenciándose en esto de otros ortópteros que aprovechan la oscuridad de la noche para volar y hacer sus cacerías alrededor de las luces eléctricas.

La vitalidad del chapulín es tan grande, que un individuo con la cabeza separada por completo continúa moviéndose por algunas horas. Había recogido varios especímenes en Ciruelas, en un frasco con cianuro de potasio, para las colecciones del Museo y cuando regresé, por la tarde, me ocupé en abrirlos, extraerles las vísceras todas, dejando sólo cascarones espolvoreados con arsénico por dentro y rellenos de algodón; con todo, uno de los últimos ejemplares recogidos comenzó después de embalsamado a mover las antenas, luego las patas, y caminando por la mesa agitaba con violencia los élitros, cual si pidiese socorro o protestara de semejante acto de barbarie. Mas, en descargo de ese atentado involuntario, debo consignar el hecho siguiente: tenía en observación dos ninfas con el objeto de estudiar su metamorfosis final, y sentí un verdadero placer al ver el cambio de simple saltón indefenso,

en insecto alado; pero dos días después de nacido el primero, mudó su librea el segundo ejemplar, y su compañero al verlo tan tierno, húmedo y frágil, le comió tres patas y el par de alas izquierdas, mientras yo estaba afuera del reducido gabinete de trabajo, y habría concluído por comérselo todo si oportunamente no los separo; ambos eran hembras de una misma especie, y pienso que ese proceder abominable entre hermanos supera con mucho al acto de disección en un individuo que yo consideraba completamente muerto.

La vida completa de la langosta dura de diez a doce meses, en los cuales sufre ataques constantes por parte de las aves insectívoras, las rapaces, las acuáticas y multitud de insectos como las hormigas, especialmente las moscas parasitarias, que depositan en el cuerpo blando de las ninfas sus larvas, y allí se desarrollan royéndoles las entrañas. Pero la fecundidad de los chapulines es tan grande que se ven obligados a emigrar, persiguiendo siempre la vegetación tierna y abundante. El grupo de los insectos es de tal modo indispensable para el desarrollo y propagación de las especies ve-

getales, que la vida sería casi imposible sin el concurso de esos pequeños seres encargados de llevar el polen de flor en flor; ellos destruyen los hongos parasitarios, y a su vez suministran alimento a las aves insectívoras, que desempeñan funciones biológicas importantes en el organismo admirable y complicado de la naturaleza. ¡Suprimid mentalmente cualesquiera de esas ruedecitas al parecer insignificantes y provocaréis un trastorno en la máquina de nuestro planeta! Sucede, sin embargo, que los factores de la producción y del consumo en el orden biológico se desequilibran, produciendo la crisis, las pestes y las plagas, entonces los hombres se ven obligados a usar su inteligencia y actividad en defensa de los intereses que les atañen; así vemos a los estadistas desvelarse ante una situación económica difícil; a los médicos discutir y poner en práctica medidas profilácticas; y a los agricultores invertir buena parte de sus rentas en el combate de las plagas que azotan los cultivos.

La simple noticia de que la langosta se dirige hacia un país cualquiera es bastante motivo de alarma para todos sus habitantes, y cuando la plaga se presenta,

las gentes acuden a la defensa comunal. Contra las mangas voladoras se han ensayado diversos sistemas destructores, inclusive la recolección de los insectos por la noche, y pude controlar que un solo trabajador recogiera dos sacos llenos, con peso total de 60 kilos, y como estos chapulines pesan dos gramos cada uno, por término medio, resultaba una destrucción de treinta mil insectos por cada obrero diariamente; por desgracia la cantidad es tan enorme, que la gente sufre el desaliento consiguiente a los males incommensurables, y la mayor parte de los esfuerzos se encaminan tan sólo a alejar con ruidos las mangas voladoras al caer sobre los campos cultivados. Uno de los agricultores decía: «tratar de destruir el chapulín cogiéndolo con bolsas, equivaldría al intento de secar el mar con baldes». En los Estados Federales de Malaya, donde los jornales son baratos, hubo de desistirse del ataque a las mangas voladoras en la lucha de 1912 a 1913, y como resultado final se recomendó la recolección de huevos, y el envenenamiento del saltón por medio del arsenito de soda, especialmente esto último, por resultar más eficaz y menos dispendioso:

no siempre es fácil de encontrar los depósitos de huevos, y su extracción del suelo implica un trabajo tardío, mientras que el saltón está siempre visible y como no se aleja, por algunas semanas del lugar donde nace, su destrucción puede llevarse a cabo con poco gasto y buena voluntad. En Costa Rica se ha usado con mucho éxito la siguiente fórmula:

arsénico blanco en polvo.....	1 kilo
soda caústica (como disolvente)...	250 gramos
agua hirviendo por 10 minutos....	50 litros

A esta solución se le agrega dulce de rapadura, para facilitar su adherencia a la yerba y para atraer la degustación de los insectos. Regada esta mixtura sobre la yerba baja, los saltones la comen y mueren en pocas horas, sin que ninguno escape al envenenamiento. Debe tenerse presente que este veneno es igualmente fatal para los animales domésticos, y que su empleo reclama los cuidados indispensables que el sentido común sugiere.

Utilidad de las rapaces

Por espacio de veinte años tuvo mi padre una finca de bananos en la región de Santa Clara, y sugestionado por el desarrollo precoz de algunas plantas de café sembradas en «La América,» resolvió sembrar algunos miles de cafetos dentro de los bananales, obteniendo como resultado una completa decepción, junto con otros agricultores cafetaleros de la meseta central: las plantas crecieron rápidamente, pero la recolecta del fruto era tan dispendiosa, que el valor de las cosechas apenas si pagaba los gastos de cogida.

Mientras crecían los arbustos del café, las taltuzas (*Macrogeomys cherrie*) invadieron los bananales y cortaban los cafetos a poca profundidad de la superficie del terreno; sin resultados prácticos se ensayó el uso de trampas y venenos para destruir los roedores; por fin se dispuso

inundar la plantación con el agua de una quebrada, para que las taltuzas se viesan obligadas a abandonar sus madrigueras, y uno de los trabajadores ocupaba todo su tiempo en vigilar el campo, recibiendo además del alojamiento y alimentos, una pequeña retribución por cada ejemplar muerto que presentaba al capataz de la finca. Le pregunté al encargado de matar taltuzas, qué tal era ese negocio, y me contestó: que le producía un salario mayor que a los demás trabajadores, *con todo y que iba a medias con los gavilanes*. Efectivamente, el pobre hombre dejaba que por la noche el agua entrara a las cuevas que descubría durante el día y las taltuzas amanecían gateando afuera, ofuscadas por la luz de la mañana; pero antes de salir el Sol, ya las aves de rapiña comenzaban a recogerlas para hacer su desayuno!

En la lucha constante por la vida, los esfuerzos individuales no siempre redundan en provecho único y exclusivo del que los ejecuta; pero en el caso a que nos referimos, el beneficio fué general: de aquella fecha en adelante se mejoró la retribución al colector de taltuzas, pronto se atalaron los enemigos del cafe-

tal, y jamás se pensó en matar los gavilanes; más tarde los trabajadores pudieron convencerse de que las aves de rapiña no sólo se comían las taltuzas, sino que también cazaban las serpientes para comérselas. Esa lección objetiva, dada por la Naturaleza misma, fué seguramente de mayor eficacia que una serie de conferencias o de artículos de periódico.

Por la sencilla razón de que algunas especies de gavilanes migratorios cazan pollos, se mata sin misericordia todas las rapaces que se ponen a tiro de escopeta, como si debiéramos destruir todos los gatos, porque alguno se ha comido un canario o un periquito doméstico.

Todos los naturalistas se han ocupado más o menos, de estudiar las costumbres de los animales, tratando de aprovechar sus observaciones en beneficio de la agricultura, y todos están de acuerdo en que las aves de rapiña prestan grandes servicios al hombre, ayudándolo a destruir los reptiles venenosos, los roedores que destruyen las plantaciones y los graneros, y los insectos y larvas perjudiciales.

Extensas publicaciones se han hecho sobre el halcón, por ejemplo, en que se dan a conocer su potencia visual, la ra-



pidez de su vuelo y otras condiciones de insigne cazador: algunos de estos gavilanes se han estimado hasta en mil escudos, y no ha faltado monarca europeo que decretara la pena de muerte para el hurto de un halcón en Inglaterra, en tiempos pasados.

El águila, por su hermosura y gallardía, ha merecido figurar en las armas de los guerreros, en los escudos de las naciones, en las monedas de oro y en los billetes de banco; y sin embargo, todos los cazadores se consideran obligados a matarlas, como se mata un tigre o una serpiente de cascabel. El primer ensayo que se hace siempre de una escopeta es sobre un gavilancillo, sin pensar en que se mata un protector de la agricultura, porque el noventa por ciento de los animales con que se alimenta son langostas y otros insectos perjudiciales a las plantas. Hay en Norte América una sola especie de gavilanes que produce cien mil dólares de beneficio al año, con la destrucción de roedores nocivos, y existe una ley penal por la cual se castiga con setenta y cinco dólares de multa al que mate uno solo de estos gavilanes.

La cultura general hace que las prác-

ticas y disposiciones sociales sean cada vez más racionales y justas, sin que se presente, por ejemplo, el caso de matar despiadadamente todos los perros, inclusive los cazadores de ratas, y por otro lado se inviertan centenares de colones en comprar ratas muertas para lograr su reducción en número. A muchos de los agricultores les sucede algo parecido: matan sin consideración las aves de rapiña, cualesquiera que sean, y dejan sus papales, milpas o plantaciones de arroz a merced de las taltuzas, ratas y ratones, que destruyen la tercera parte de las cosechas.



Además del águila, los gavilanes y el camaleón, conocidos con el nombre de rapaces diurnas, tenemos en Costa Rica muchas rapaces nocturnas, bajo los títulos de buho, lechuza, estucurú, olopopo, mochuelo, aurora, majafierro, etc.; todas estas aves vuelan después de ponerse el Sol y se ocultan en el bosque sombrío, o en otros lugares oscuros al despuntar el día. Se alimentan de ratas, ratones, mu-



sarañas, topos, avecillas y grandes insectos, con lo cual prestan importantes servicios a los agricultores, quienes las protegen y cuidan cuando la ciencia y el interés agrícola han disipado en ellos los temores de la superstición. Fácilmente se las puede coger durante el día, porque la luz las ofusca y no pueden volar, y a no ser porque saben ocultarse en las rocas, en los entrecielos de las casas y en los agujeros de los árboles, difícilmente habrían logrado escapar a la persecución de otros animales carnívoros.

El ave de Minerva era la lechuza, cuyo vuelo nocturno imperceptible parece penetrar el insondable abismo de la sabiduría, cuyo chillido lúgubre evoca los misterios de ultratumba. En los templos antiguos, así como en los modernos, la lechuza es compañera inseparable del santo recogimiento que esos edificios inspiran en la soledad de la noche a todos los creyentes. Cuando las tinieblas convidan a la meditación, la lechuza aparece flotando en el espacio, como si fuera el espíritu de lo desconocido.

Hay una multitud de insectos de costumbres nocturnas y muchos roedores que tampoco salen a la luz del día y que